

## NAVARRA EN ALGUNOS POEMAS BARROCOS

Desde la segunda mitad del siglo xvi se cruzan en España dos corrientes de calidades diversas, y esta interferencia del espíritu de la Contrarreforma con las formas renacentes ocasiona particular complejidad al barroco español, y dificulta un análisis de líneas claras y precisas, de contornos exactos. *Los más grandes pensadores del Renacimiento español* —escribe Bell (1)— *rechazaron la frivolidad y el paganismo que reinaba en Italia, con la misma energía con que rechazaron el protestantismo norteamericano* (2). También se ha relacionado el estado de ánimo en que se produce la gran literatura y el arte barroco, con los motivos de la Contrarreforma y los efectos del Concilio de Trento, en que los teólogos españoles llevaron la palma (3). Este ideal religioso constituye la entraña y el empuje, en muchos aspectos, de este periodo literario. No estuvo el siglo xvii exento del idealismo y de la pureza del Renacimiento, como afirman, entre otros, Américo Castro (4); Montesinos y Ortega

(1) AUBREY P. G. BELL, *Luis de León* (Barcelona 1940) p. 42.

(2) Una frase de Lucien Paul Thomas, tal vez poco valorada, nos da la clave de esta actitud: "Le XVII<sup>e</sup> siècle qui fut en Espagne quoiqu'on l'ait trop peu remarqué une période de réaction contre l'italianisme ne cherche pas seulement à puiser directement tous les trésors des littératures antiques, il renoua aussi ses traditions avec le XV<sup>e</sup> siècle, et c'est surtout de là que naquit dans les romances, les décimes, toute cette efflorescence de concepts alambiqués et de stratagèmes de rhétoriciens "Góngora et le gongorisme considérés dans leur rapport avec le marinisme" (París, 1911), p. 68. TOFFANIN registra también, al terminar el siglo xvi, una "noia del Rinascimento e nostalgia del Medio Evo", *La Fine dell'umanesimo* (Torino 1920), p. 13.

(3) Confirmación de este aserto es el libro de W. WEISBACH, *El barroco, arte de la Contrarreforma* (Madrid 1948). Léase igualmente el magnífico libro de S. TOFFANIN, *La Fine dell'umanesimo* (Torino 1920).

(4) "Epoca... de hábil disimulo, de audacia contenida, de mucho tirar la piedra, escondiendo la mano." A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid 1925), p. 261.

y Gasset. Ni su actitud es de perplejidad e indecisión (5), simbolizada escultóricamente en el Doncel de Sigüenza. Es igualmente equivocada la creencia de que las formas renacentistas, retóricas en la poesía con una marcada tendencia al amaneramiento en el arte, eran una fuente viva, diversa de la retorsión intelectual característica del nuevo estilo. Como Valbuena Prat dice, *las formas renacentistas estaban agotadas y precisamente el dinamismo, retorsión y decorativismo del barroco animaron durante más de un siglo el panorama, frío y tibio sin él, del arte y la literatura de Europa* (6).

Este estado de espíritu que ha agotado la alegre vitalidad del Renacimiento se enfrenta de nuevo con la Edad Media, con problemas de orden sobrenatural que dan al arte una tendencia a *ahondar el infinito, a disolverse en el sentimiento de una fuerza suprema e incomprensible* (7). La dirección política de la casa de Austria hace su existencia solidaria con el triunfo del Catolicismo e impulsa con sus mejores esfuerzos el espíritu de la Contrarreforma, iniciado por Ignacio de Loyola. Por otra parte el sentimiento de lucha entre la cruz y la media luna, que había penetrado hasta la médula en el alma del pueblo, continúa despierto en los siglos XVI y XVII con dos tendencias manifiestas que se reflejan claramente en la literatura y particularmente en la poesía.

Una de estas tendencias va marcada con el espíritu militar, la actitud de lucha contrarreformista, cuya figura más representativa es Ignacio de Loyola, el soldado santo y el santo caballero, que sintetiza la milicia temporal y espiritual. Prueba de ello es aquella gran milicia española del tiempo de los Austrias, que bajo la impronta del Gran Capitán moldeó, a golpe de hierro, los contornos imperiales. Era muy frecuente encontrar al soldado español con escudos nobiliarios o con la pluma del poeta o escritor en ristre (8). Tales, entre otros, Garcilaso de la Vega, Hernando de Acuña, Hurtado de Mendoza, Gutierre de Cetina, Francisco de Aldana, Cristóbal de Virués, Alonso de Ercilla (9). Para el español del siglo XVII

(5) GUILLERMO DÍAZ-PLAJA, *El espíritu del Barroco* (Barcelona, 1940), p. 13.

(6) ANGEL VALBUENA PRAT, *El sentido católico de la literatura española* (Zaragoza 1940), p. 108.

(7) WOLFLIN, *Rinascimento e barroco* (Firenze, s. a.), p. 11.

(8) Véase, con todo, FRAY ANTONIO DE GUEVARA, *Epistolas familiares*, BAE, XIII, 81.

(9) Cf. *ibid.* p. 166.

eran estas grandezas militares todavía reales, llenas de contenido (10), para las cuales busca la expresión adecuada en una plenitud de formas, que, en la imposibilidad de lograrlas, degenera en brillante decorativismo, en abuso de artificioso arte escenográfico. El Barroco seguirá creando y alentando el mito militar y heroico que en realidad venía por tierra a pasos agigantados. Por eso será Ignacio de Loyola una de las figuras más señeras, en la concepción barroca (11).

El cortesano de Nájera y Arévalo, que accidentalmente se encuentra en Pamplona y se incorpora, sin ser capitán, en las filas del ejército imperial en el castillo de la capital navarra, acusará plenamente su carácter militar en la poesía seiscentista. La batalla de Pamplona cobrará un volumen extraordinario en los poemas ignacianos. Muchos de los autores no habían estado en Pamplona y no ilustran sus poemas con ninguna pincelada concreta, tomada del natural. No prevalecía entonces precisamente el realismo y el cuadro de Pamplona se pierde en retorcimientos de estilo y humo de metáforas. En todos los poemas ignacianos aparecerá la histórica batalla y el estruendo de la lucha en el escenario pamplonés se dejará oír en el mundo literario. Veamos únicamente los ejemplos más característicos.

#### LA BATALLA DE PAMPLONA EN LOS POEMAS IGNACIANOS

Uno de estos poemas ignacianos, tal vez el más característico, es el *San Ignacio de Cantabria* (12) que suena a espíritu bélico y a heroísmo, de Pedro de Oña. Este nació en la ciudad de Los Confines, la última que fundó Valdivia en territorio araucano. Lleva

(10) Es verdad que el espíritu sagaz de Mariana reconocía en su tratado *De spectaculis* cap. XXVI, "que con su peso y grandeza trabaja España y se va a tierra"; que Gracián y Quevedo reconocen igualmente la decadencia española. Pero esta impresión se refleja más en los prosistas didácticos y morales del siglo XVII, que en la poesía. Lope ignora totalmente este declinar de España, y el mismo Calderón eleva hasta la exageración esta "distracción" de Lope. Todo el teatro español vive de espaldas a la decadencia nacional.

(11) Podíamos comparar, en cierto modo, esta presencia gloriosa de Ignacio, retrocediendo unos siglos, a los efectos que produjo el franciscanismo en la pintura florentina y en la literatura italiana.

(12) PEDRO DE OÑA, *Ignacio de Cantabria* (Sevilla 1639), Edit. Escudero, en 8.º, 214 fols.

el libro, al comienzo, la aprobación de Calderón de la Barca y de Juan Pérez de Montalbán. La dedica a la Compañía de Jesús en unos párrafos llenos de afecto y devoción a los jesuitas, y nos dice que tardó quince años en componerla. Calderón nos dice de este poema que *está escrito con el decoro, la agudeza, el celo y la atención que requirió tan gran assumpto* (13).

Todo el poema consta de octavas reales, elegidas por los españoles y portugueses para sus poemas narrativos. Contiene doce libros y trata de la conversión de Ignacio convaleciente con la visión de Pedro hasta su estancia en la tierra de Palestina. Parece que su intención fue continuar la vida del santo en una segunda parte, que no realizó.

En versos lapidarios y entusiastas canta a Cantabria (14), guerrera, noble y laboriosa, que dio el nombre al poema:

Cantabria, la que asombro fue, respeto  
de la águila bifronte i media luna,  
aun siendo amiga dellas la Fortuna.  
fértil de limpia sangre i útil hierro,  
gente al trabajo dura, i tan bizzarra  
que en su cerviz hay ombros para un cerro (15).

La nota contrarreformista, guerrera, se subraya fuertemente, como en otros poemas. Hay también una extensa digresión sobre la casa de Austria, imperial, triunfadora, sin que note Oña la decadencia muy avanzada ya.

En el libro II, aprovecha la entrevista de su hermano Martín en un soto para evocar la batalla de Pamplona

Quando cayendo sombras más crecidas  
de tierras altas van i el sol a Ocaso,  
passean ya los dos calles floridas  
y tratan de Pamplona el grave caso.  
Oyó al mayor que dixo: Yo asseguro  
que si esse pecho (Ignacio) i essas manos  
que tan valientes vió el navarro muro  
dexaran verse en tiempos de romanos,  
ya este cristal i el myrto con la yedra  
mirara vuestro bulto aquí de piedra.

(13) fol. II.

(14) De la Cantabria vienen a Castilla linajes y blasones. Ahí se origina, según Ortega y Gasset, la soberbia española: *Cantabria militar, cuna del Imperio: / Harto era Castilla pequeño rincón, / cuando Amaya era Cabeza / y Fitero mojón.*

(15) L. I, fol. 11 v.

viérase aquí el castillo de Pamplona  
 pintado por artifice maestro  
 y en esa digna sien mural corona.  
 No porque allá con pie saliste diestro,  
 mas por baxar sin pies: como lo entona  
 su embidia, musaya del nombre vuestro;  
 que si os cortó aquel buelo ardiente bala,  
 no el ánimo cayó, que todo es ala (16).

Muy distinto del poeta Pedro de Oña surge, muy avanzado el siglo xvii, un nuevo cantor americano de las glorias de Ignacio y de Pamplona, Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe, muerto en 1656, escribió un poema heroico sobre San Ignacio de Loyola, que merece salir del olvido en que lo tuvo el siglo pasado por su incomprensión del gongorismo (17). Esta epopeya abundante y rica, como un palacio de jaspes y pórfidos, es toda una representación brillante con un coeficiente de metáforas audaces. Es el mejor retrato barroco de San Ignacio.

Camargo preludia solemnemente su obra, haciendo de San Ignacio un nuevo sol, que ilustra el zodiaco del mundo, al que engendraron águilas reales. Casi toda la poesía del siglo xvii se fijó primordialmente en el carácter bélico, militar de soldado santo y del santo caballero. Apenas presta atención a su intimidad y espíritu de oración. El poema de Camargo marca desde el comienzo su tono bélico:

Al David de la casa de Loyola,  
 al rayo hispano de la guerra canto,  
 al que imperiales águilas tremola,  
 y es, aun vencido, del francés espanto;  
 al que sufrió de la celeste bola  
 sin fatigas el peso, Alzides santo,  
 al que el empireo hollando triunfante,  
 habitador es ya del que fue Atlante (18).

Refulgen con brillo esplendoroso, al estilo del siglo xvii, los motivos heroicos de la juventud de Loyola, los "bélicos borrones" del soldado. La batalla de Pamplona tiene una extraordinaria proporción. La arenga del capitán Iñigo a los soldados de la plaza fuerte

(16) L. II, fol. 25.

(17) *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Poema heroico. Obra póstuma dada a la estampa i al culto teatro de los doctos por el Maestro D. Antonio Navarro de Navarrete.*

(18) L. I, cap. 1.

sobresale por su vigor cortado, sentencioso, de condensado conceptismo, tan distinto del culteranismo exuberante de otras partes. Nos recuerda el mejor estilo de Ercilla por su fuerza y sobriedad:

¿Qué miedo estimuló vuestra carrera?  
 ¿Así escudáis el golpe al adversario?  
 ¿Esas armas de acero son de cera?  
 ¿O de diamantes son las del contrario?  
 Pelear para vencer es grangería,  
 pelear para morir es rico empleo,  
 intimarse al cuchillo es valentía,  
 socorrerse del riesgo es gran trofeo.  
 Un airoso morir cobra en un día  
 la honrosa hydropesía del deseo...  
 Pelicanos de España, dad la vida  
 con su sangre al honor que mató el miedo;  
 si faltare la pólvora, vertida  
 mi sangre lo será; mi menor dedo  
 se acicala puñal; bala escupida  
 el ademán será de mi desnudo...  
 ¿Véis aquél escuadrón tan apiñado?  
 ¿Véis la selva de lanzas enemigas?  
 Sólo un grano será cada soldado,  
 cada pica una arista y una espiga  
 el campo cual león vuestro, severo,  
 con garras segará de noble acero (19).

La descripción barroca que acompaña a la herida del soldado de Pamplona es un apiñado acierto más de imágenes y brío, condiciones que serpean a través de todos los cantos del poema que bien merece hablar alto al olvido.

La variedad de riqueza y contenido de este poema hace que podamos indicar diversos aspectos. Es muy propio del gongorismo el halago de los sentidos, incluso las sensaciones táctiles, más materiales. Veamos cómo describe a la ciudad de Pamplona en el libro primero:

... y de yedra de cristal el Arga undoso  
 abrazos da a sus piedras apretadas  
 y en halagos de vidrio, cuando octubre  
 le da caudales, las almenas cubre...

---

(19) L. I, c. III, 51-52.

Sus muros escoltan vigilantes guardas,  
frenos aun para el ímpetu más ciego;  
alanos de metal, roncas bombardas,  
que escupen plomo, cuando ladran fuego (20).

Un moralista, Antonio de Escobar y Mendoza, a quien Pascal hizo célebre hablando contra él en sus *Provinciales*, compuso un poema, que con razón se llama heroico (21) a San Ignacio de Loyola. Dedicó la obra a D. Antonio Venegas de Figueroa, Obispo de Sigüenza y Consejero de su Majestad, amigo de Góngora (22). Al comienzo trae varios sonetos, desorbitados de alabanzas hiperbólicas al poema, en los que se compara a Escobar con un nuevo Colón. Comienza con el combate de Pamplona y termina con la muerte y milagros de Ignacio. Todo él está escrito en octavas reales, como todos estos poemas que estudiamos. En todo él abundan comparaciones mitológicas, moda y sarampión de la época. Todas pertenecían al amplio desván de antiguallas grecolatinas, que poseía el lector de mediana cultura del siglo XVII. Actualmente las ignoramos y nos parecen de mal gusto.

Llamó Escobar a su obra, poema heroico, y ciertamente es digno de un trozo de epopeya bélica el episodio de Pamplona, extensamente narrado en el libro I:

Celebraré de Ignacio la cayda  
que le levanta a triunfos superiores (23).

No falta en estos momentos en que se asoma el tema heroico, la alusión a la casa de Austria, ni la prolija descripción de Pamplona:

La gran Pamplona, a Marte consagrada,  
en quien su trono el fiero Dios fabrica.  
En la frontera de Francia está fundada,  
ilustre en héroes, en hazañas rica...

Imitan los insignes torreones  
al pueblo en la inmortal circunferencia;  
los lienzos, casamatas y bastiones,  
son maestros de astuta resistencia.

(20) L. I, cap. III, 44. Comparémoslos con estos otros, ya célebres, de Góngora en *Las Soledades*, cuando el peregrino pone sus vestidos a secar: *Lamiéndole apenas su dulce lengua de templado fuego / lento le embiste y con suave estilo / la menor onda chupa al menor hilo.* — *Obras completas*, p. 663.

(21) *San Ignacio de Loyola. Poema heroico...* Valladolid 1613, 268 fols.

(22) Góngora dedica un soneto a su finca de Burlada.

(23) L. I, c. I, fol. 1.

Arga es el río, que con mansa y leda  
corriente, la florida playa adorna,  
con grillos de cristal, el arboleda  
prende, y las yervas esmeraldas torna.

Entre los sitios fértiles que riega,  
tiene el primer lugar vuestra Burlada,  
Antonio insigne, a quien si Flora llega  
pensándola vencer, queda burlada.

Tiene por triunfo la real Pamplona  
fuertes cadenas y león sangriento,  
y teniendo de España la corona  
Carlos, principalmente tomará su acento (24).

La arenga de corte clásico con citas de la mitología y de la historia de Roma acusa su presencia. En ella exalta el valor guerrero de los navarros.

Ciudad ilustre, pueblo belicoso,  
¿a dónde váis? ¿qué miedo os acobarda?  
¿Cómo de vuestro honor el sol hermoso  
se ofusca en miedo qual en nube parda?...

¿Temerosos huys de un temeroso  
que con más miedo que valor aguarda?...  
¿Qué importa que sean muchos los arneses,  
y los navarros una escuadra sola,  
si contra el brío de dos mil franceses  
es vastante una cólera española?

Oy el navarro león más animoso  
ha de mostrar su condición gallarda,  
pues ha de hacer con sobra de potencia  
que se amedrente el gallo en su presencia (25).

Otro de los extensos poemas dedicados a San Ignacio es el del Jesuita José Antonio Butrón y Mújica (26). La obra se divide en alarmas (27) y contiene la vida completa de Ignacio, desde su

(24) L. I, c. I, fol. 4.

(25) L. I, c. I, fol. 5.

(26) *El gran capitán de Dios, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, con algunas notas municipales de la misma Compañía...* El P. Butrón nació en Calatayud, en 1657. Ejerció más de treinta años el ministerio de la predicación, cultivando también la poesía. A veces su humor satírico un tanto atrevido le produjo sinsabores. Murió en Segovia.

(27) Al principio de cada *alarma* pone un resumen que denomina *Guerra*, y a continuación lo desarrolla en *al-arma*, que quiere decir combate, subrayando

nacimiento hasta su muerte. En la segunda alarma describe el estado deplorable de la Iglesia antes de nacer Ignacio, para que luego resalte más el carácter contrarreformista del santo. Ignacio sigue siendo el héroe barroco, cuyos principales rasgos, en la pluma de estos escritores culteranos, es el valor militar y el ideal caballeresco, aunque en estos dos últimos autores jesuitas su figura está completada por otras virtudes religiosas. Por eso en la primera alarma deja la cítara y pide a Marte el clarín. No podía faltar la lucha de Pamplona con todo el vuelo y garbo recargado del barroco, pero sin el ingenio y movimiento de los anteriores poemas. Este último, literariamente es de valor inferior.

¿Quién es aquél, decía un artillero,  
con la mecha encendida, que gallardo  
en su arnés y su escudo llama fiero  
a su escuadrón i acude a su voz tardo?

¿Quién es el loco o insigne caballero  
que consigo osa a la plaza hacer resguardo,  
pensando, porque está a altura tanta,  
que Francia está debajo de su planta?

Todo era instar, que vuelva, que resista  
Pamplona y ya hecho nube el cañón duro  
tronó, cayó e hirió al Santo anhelo  
y su inmortal voz fue: válgame el cielo (28).

## NAVARRA EN LOS POEMAS XAVIERANOS

Otra tendencia del barroquismo español es la exaltación del espíritu conquistador y misionero. Cuando cesa el estruendo de las armas, sigue todavía el rumor de las oraciones, abriendo nuevos caminos. Estos serán los temas de la poesía barroca y de la literatura hagiográfica. En el libro de Tirso de Molina *Deleytar, apro-*

---

así la nota bélica del poema. Estas raras maneras de llamar a los capítulos o partes de la obra eran muy frecuentes en el siglo XVII. Así Gracián en el *Criticón* usará la expresión "crisi"; Vélez de Guevara divide *El Diablo Cojuelo* en "trancos"; Cristóbal de Figueroa, en "alivios"; Lope de Vega denomina "silvas" las partes de la *Gatomaquia*; el *Marcos Obregón* de Vicente Espinel, se divide en "descansos".

(28) Alarma III, fol. 58 v.

*vechando*, asegura Beatriz que se puede prescindir muy bien de las insípidas historias de amor, ya que las vidas de los santos las suplen brillantemente y con ventaja. Sólo en España se ha dado el concepto y la ideología de caballería celestial; sólo en España se han dado autores y lectores de un *Caballero del Sol*, o sea la peregrinación de la vida del hombre, puesto en batalla (1552), de un *Caballero de la clara estrella*, o batalla y triunfo del hombre contra los vicios (1580), o de una *Milicia Cristiana del caballero peregrino, conquistador del cielo* (1601). La poesía se fijará sobre todo en este aspecto maravilloso, aventurero y conquistador de Xavier y nos dejará una gran serie de ricos poemas tan numerosos como los de la vida de San Ignacio. En ellos Navarra tendrá otra razón de ser. Irá unida siempre a la genealogía de Xavier y será el escenario de sus primeros años. No faltarán curiosas descripciones como la que nos describe en versos tamúlicos a Navarra con sus palmeras y campos de arroz.

Por su originalidad y extensión me voy a fijar únicamente —ya que me falta espacio— en el poema sobre San Francisco Xavier, del P. Bernardo Monzón, manuscrito que existe en el Museo Británico (29) con el título de *Xaveriadas*.

Al final de la obra se da a conocer el autor, oculto en un anagrama, diverso del de la primera página.

Según el catálogo de la provincia de Toledo, nació en Madrid, en 1600, siendo ilustre orador y Director de la Congregación Mariana de Madrid. Dedicó muchos años de su vida, según su propia confesión, a este poema de octavas reales. Consta de doce cantos y canta la vida de Ignacio desde su nacimiento hasta sus correrías apostólicas en la India, donde termina de una manera exabrupta.

El canto primero es el más original. Lo titula *Descripción de Navarra, nobilísimo Reyno, Patria del Santo. De sus grandezas, la mayor, tenerle por hijo*. Estando el poeta en un bosque oscuro se le aparece una mujer, vestida de púrpura con espada y guitarra, pero encadenada. Le conduce a un lago y llora:

Soy, passagero, en fin la que adorada  
 Reyna me vi, no Reyna en profecía:  
 pues en estas cadenas aherrojada

---

(29) *Xaveriadas por otro nombre hazañas del Sol de Oriente San Francisco Xavier, Apóstol de la India y Patrón del Nobilísimo Reyno de Navarra, patria del Santo. En heroyco verso, cantadas por Dorarbe...* 345 fols. en cuero moreno.

me vengo a ver, quando ellas algún día.  
 fueron de quien fuí timbre, si bigarra  
 Nabarra libre fuí, presa oy Nabarra (30).

Cuenta la reina la conquista de Navarra por Fernando el Católico, en 1513 (sic), y describe sus seis merindades y ciudades. El poeta comienza una prolija descripción de sus montañas que hace dormitar a la reina. Las ninfas que le rodean son los ríos de Navarra. Canta la antigua historia de Pamplona desde su fundación. Al llegar al sitio de Pamplona aparece la mano de Ignacio con espada de fuego, arengando a los soldados:

Soldados, donde estoy  
 no está la cobardía,  
 Sí, el ánimo y la osadía;  
 ¿Qué es esto? ¿Desmayos oy...?  
 A vuestro Rey defendéis,  
 a la fe santa amparáis (31).

Sigue la historia de las demás ciudades y reyes con algunos errores históricos. La tercera ninfa canta los mote de los reyes de Navarra: Sancho el Mayor, Francisco el Phebo, Carlos el Hermoso, Sancho Eneco Arista, Felipe el Largo, Sancho el Trémulo, Sancho el Fuerte, El Encerrado, Carlos el Cruel, Carlos el Malo, Carlos el Manso, Sancho el Sabio y El Deseado. La reina hace una exaltación de Navarra:

Grande en mis montes me aclama su gloria,  
 rica en sus minerales, mi ventura;  
 por eterna en mis ríos, la memoria,  
 de fecunda en mis campos, su hermosura;  
 valiente en mis ciudades, la victoria,  
 haçañosa en mis Reyes, ser su echura...

Pero en seguida añade su mayor título de gloria:

Sobre lo ylustre de mis Reyes, trono  
 Xavier más opulento me lebanta (32).

A él aplica todos los títulos de sus reyes: arista (atleta veloz en su juventud), trémulo (tembló una vez ante el juicio final, pero no

(30) *Xaveriadas*, fol. 41.

(31) *Ibid.* fol. 42.

(32) *Ibid.* fol. 43.

desde que se le apareció San Jerónimo en Venecia), fuerte (en sueños cargó con el etíope), largo (generoso para con Dios), manso (con dulzura logró de un portugués que de siete mujeres dejara seis), sabio (venció en disputas a muchos bonzos), encerrado (por humildad ocultaba su milagro), cruel (lo era contra sí al castigar su ligereza en el deporte), malo (porque habla mal de sí y bien de todos), hermoso (de rostro y sobre todo de alma), febo (fue sol que iluminó el mundo al nacer y al morir), deseado (los parabas le tenían por Dios), mayor (fue mayor que todos los que dieron gloria a Navarra).

La reina canta los tristes destinos de Navarra en sus reyes que terminaron trágicamente: Se hace la noche sobre Navarra; pero pronto viene la aurora que anuncia el nuevo sol de Xavier.

En el canto II compara el nacimiento de Xavier con el de Cristo. En vez de los profetas, de sus padres, de los pastores y magos, están la aurora, la fama, la poesía, Jaso y María de Azpilcueta, las musas, el viejo pastor del Pirineo con las zagalas: Tudela, Olite, Sangüesa, Tafalla, Bearne, Estella, como estrella de los Magos, conduce a Neptuno, Júpiter y Plutón (este último negro) a la cuna del niño.

El poema no es precisamente una obra maestra de literatura. Contiene más de dos mil octavas reales y se hace bastante pesado. Pero no seamos demasiado severos, respetando su ingenua intención.

IGNACIO ELIZALDE, S. I.

*Director de "Hechos y Dichos"*